

EL PERRITO “ROVELLÓ”

Hace mucho, mucho tiempo vivía un viejo pastor en un pueblo de la Cerdanya. Este hombre había estado toda su vida con un rebaño de ovejas. Su padre también fue pastor, y él, de muchacho, le acompañaba. No sabía leer ni escribir, pero conocía todas las hierbas de los prados y todos los árboles de los bosques. Sabía leer el tiempo, mirando el cielo, las nubes y las estrellas por la noche. Vivía solo. Su familia era el rebaño de ovejas, que las iba comprando y vendiendo, para sobrevivir. Todas tenían un nombre, eran como sus hijas, las mimaba y besaba con ternura de madre, vigilándolas atento.

Como cabeza de pandilla, como hijo mayor, tenía un perrito, Rovelló. Era ya mayor, hacía unos años que compartían juntos el trabajo de cada día, las alegrías y las penas y la soledad de esos parajes.

En pleno otoño y en invierno, las nevadas y las bajas temperaturas le impedían estar arriba en las crestas, en los prados verdes por el pastoreo, y se recluía en el pueblo cercano hasta el estallido de la primavera. Entonces se marchaba hasta las primeras nevadas.



La historia que quiero contar, ahora que ya conoces a Pablo, que así se llama el pastor, sucedió precisamente un otoño, no como os he dicho en la alta montaña, sino no demasiado lejos del pueblo, un día que Pablo había salido a buscar setas.

Por la mañana, preparó la cesta, una mochila con el almuerzo y un buen vino en la bota. Tomó un bastón y empezó a andar hacia las afueras del pueblo, para adentrarse en el bosque. El perrito, Rovelló, al oírlo marcharse, corrió detrás, quería ir con su amo, pero él pensaba que no, que era mejor que se quedara. Podría estropear las setas, por quienes Pablo sentía mucho cariño y un cuidado especial.

-¡Marcha “Rovelló”! ¡No vengas conmigo!

-¡Guau!, ¡guau!..., le respondía el perrito.

-Te he dicho que no! Cuando vuelva, ya daremos una vuelta. Ahora, ¡no!

-¡Guau!, guau...!

No había manera... Y sucedió algo que nunca había pasado. Pau lanzó una piedra a las patitas de Rovelló, para hacerle desistir de su deseo. Un chillido de dolor se esparció por el aire, y Rovelló, con la cabeza gacha, se marchó a casa.

Pablo siempre había sido comprensivo, siempre una palabra suya había hecho obedecer al perro, pero hoy...

Pasaron las horas, Pau olvidó aquel episodio, contento de ir llenando la cesta de auténticos niscalos. Tan absorto estaba buscando y buscando, que no vio un desvío en el camino y cayó en tal mala postura que se rompió un hueso de la pierna. No podía levantarse, no podía apenas moverse. El dolor era intenso y estaba solo. Entonces recordó a su perrito Rovelló. Ahora le hubiera enviado al

pueblo a buscar ayuda, y, espabilado como era y acostumbrado a dar vueltas por aquellos lugares, lo hubiera hecho bien.

Oscurecía y el hombre permanecía en el suelo sin saber qué hacer. Nadie le echaría de menos, porque vivía solo y un poco apartado del pueblo. Tenía ganas de llorar, de gritar, de levantarse, pero cayéndole las lágrimas, recordando la pedrada de Rovelló, veía cómo la noche se abría camino y todo se oscurecía.

¿Qué pasaba mientras tanto en su casa?... Rovelló se había entretenido, jugando bajo los pinos que le rodeaban; había comido todo lo que Pau le había dejado antes de marcharse, y mataba el tiempo corriendo arriba y abajo.

El perrito también se daba cuenta de que oscurecía y el dueño no volvía, y olvidando el daño que le había hecho por la mañana, olvidando que le había dejado solo, no puedo decir qué pensó, pero sí os digo que se adentró en el bosque en busca del dueño, que él amaba. Podía necesitarlo y él tenía que ir.

Corrió mucho por un sitio y por otro, y no encontraba a nadie. Cansado de buscar, empezó a ladrar con todas sus fuerzas, y esto fue la salvación de Pau, porque le oyó, y también, con todas las fuerzas que le quedaban, empezó a llamarle.

-“Rovelló”, ¡aquí! ¡Estoy aquí!

Al cabo de un buen rato se encontraron... ¡Cuántos besos!, ¡cuanta alegría, uno y otro!...

Rovelló vio enseguida que Pau no se podía levantar y tenía un pequeño corte en la pierna. Le lamió la herida con su lengua y escuchó el mensaje de Pablo:

-¡Ve, Rovelló, busca ayuda en el pueblo!

Saltando contento, por el descubrimiento, y corriendo consciente de la necesidad de su amo, Rovelló llegó al pueblo y empezó a ladrar. La gente que le conocía y sabía que era un perro muy sensato y pacífico, al verlo solo y ladrando, comprendió que algo le pasaba a Pau, y fueron siguiendo al perro bosque adentro.

Rovelló los condujo hasta donde estaba Pablo. Lo pudieron recoger y entre varios hombres lo llevaron al pueblo, donde fue debidamente asistido.

Rovelló había salvado a su amo. No había tenido resentimiento hacia él y había hecho todo lo que estaba a su alcance, que era mucho, siendo un pequeño perrito pastor.

¿Sabríamos hacerlo nosotros con alguien que nos hubiese ofendido?...

Montserrat Llopart